

# Castigo y drogadicción (la mirada del adicto)

Eduardo Larrañaga Salazar y  
Gerardo González Ascencio

*En el fondo, todas estas ideas parten de un hecho inevitable: el consumo de drogas, quiérase o no, es un fenómeno cultural de todas las sociedades.*

**Los** estudiosos del derecho penal han sugerido varias razones para reglamentar, en definitiva, el consumo de drogas. Entre ellas podemos destacar las siguientes: hay ciertas sustancias toleradas socialmente que ponen en mayor riesgo la salud de los seres humanos que las mismas drogas ilegales -como el tabaco, el café, los ansiolíticos, los calmantes, etc.-, cuyos efectos en los índices de mortandad son más significativos; por el lado de la salud, la prohibición indiscriminada de cualquier tóxico ha llevado a los adictos a consumir sustancias químicas sustitutivas de las drogas naturales -como **cocaína, opio o marihuana**- que llevan indefectiblemente al toxicómano hacia la muerte. Nos referimos al **crack**, el **speed**, el **LSD** (el ácido o LSD-25 es un producto de laboratorio sintetizado en Suiza en 1938), el **POP** y los **inhalantes**, entre otras.

El laberíntico circuito de la criminalidad que rodea al consumo de estupefacientes es otro de los factores que toman en consideración los especialistas. Es un lugar común señalar que la época de la prohibición del alcohol en los Estados Unidos fomentó el crecimiento de estos sótanos delincuenciales; su apertura y tolerancia hizo que la propia sociedad regulara su consumo, pero lo aún más significativo en este punto es la complicidad entre el Estado y el traficante; para muchos es indudable que nos hallamos ante un crimen de Estado motivado por el encubrimiento de las policías y del ejército. Y, para

finalizar, es de tomar en cuenta el encarecimiento de las drogas que lleva al adicto a robar y hasta a matar para conseguir su alimento vital.

En el fondo, todas estas ideas parten de un hecho inevitable: el consumo de drogas, quiérase o no, es un fenómeno cultural de todas las sociedades. Es algo así como el "problema" de la prostitución; algo tenemos que hacer para tolerarla, y ese algo es su liberación controlada. Después de todo, todos los países de alguna forma han inventado ciertos enclaves abiertos, libres de la inspección policiaca. Aquí recordamos el barrio de la Malasaña en Madrid, el Barrio Chino de Barcelona, la estación de trenes de Zurich, el Bronx de Nueva York; la apertura total del consumo de marihuana en Holanda, la venta libre de hachís en Marruecos, los intentos del Poder Judicial de Colombia para aceptar el consumo de marihuana y a dos personajes que nos llaman la atención: el presidente de los colegios de abogados de España, quien está a favor de la despenalización, lo mismo que el teórico del neoliberalismo, Milton Friedman. El primero señala la hipocresía de los que están en contra de su liberalización y el segundo la fuerte complicidad entre Estado y traficantes a nivel transnacional.

En estas líneas trataremos de exponer otro argumento, el argumento del adicto, del toxicómano, del drogadicto, al que nos referiremos como **yonqui** (el que se pincha opiáceos), que es el título de la

novela homónima de William Burroughs y que tomamos como principal documento para analizar la mirada del que se droga.<sup>1</sup>

La obra de este autor estadounidense puede ser considerada como una literatura de la disidencia, al lado de otros autores como Bukowski. **Yonqui** es una novela autobiográfica que Burroughs escribió a los 35 años y que fue publicada, por primera vez, en el año de 1953. Narrada en primera persona, en esta novela se plasma sin ambages la vida de un drogadicto, bajó el estilo de una poética del dolor, de la tragedia. Esta poética no atiende a valores morales; tampoco se preocupa por la mirada de los otros, o sea, de los que no viven el mundo de la droga. Sólo expresa el hecho mismo de pincharse, según el cual "placer es alivio", "nadie puede ayudar a otra persona" y "no existe secreto alguno que comunicar". Al que ha vivido la droga le resta ser sincero con sus motivaciones, y nada más. A esta estética se le puede encasillar en la literatura realista. Puede ser, sin embargo, simplemente preferimos pensar en una novela testimonial. Un **yonqui** literario que cobra vida en el diálogo real de dos adictos, como en alguna ocasión quiso Borges unir ficción y realidad (claro, con otros personajes). En otras palabras, para entender esta estética sentémonos a escuchar a dos toxicómanos del mundo real.

-Es curioso, cuando Freud hace el balance de nuestros medios para aligerar la vida "demasiado pesada", habla de "satisfacciones sustitutivas" y sobre todo de estupefacientes.

-Eso prueba su lucidez, así como la del toxicómano -o del perverso- que toma la cuestión de la felicidad y la sacude muy fuerte entre sus dos extremos: evitar el dolor y buscar fuertes goces. Y esos dos términos se vuelven a unir, de ahí el torbellino: evitar el dolor en un goce que tiene por efecto el dolor... el de la "necesidad", justamente.<sup>2</sup>

En efecto, Sigmund Freud, en **El malestar en la cultura**, señala que el designio de ser felices en este mundo es irrealizable; que sólo disponemos de la elección del libre juego intelectual, del goce artístico, del aislamiento, de la intoxicación.<sup>3</sup>

La palabra del **yonqui** es violenta, cínica, y no requiere de mayores explicaciones para entenderla. Hay que "embriagarse de sí", es "el placer de estar satisfecho", es una manera de estar "publicitándose a sí mismo", es ser "simplemente maniaco". Apuntemos otro diálogo más claro:

-Es posible hacer de todo una droga, todos somos drogadictos, la cuestión es elegir un poco la droga.

-Pues bien, el "drogadicto" es aquel que no la elige; la droga ya está lista, y es ella la que lo elige.<sup>4</sup>

El que está en contra de las drogas, implícitamente rechaza el mundo de los sueños y de las actitudes contemplativas, nos diría Baudelaire. Para este poeta, el vino, el hachís y el opio son medios de multiplicación de la individualidad. Baudelaire se inicia en el consumo de hachís hacia el año de 1841, cuando tenía 20 años, inmediatamente después de un viaje que hizo por el océano Indico (según Gau-tier, Baudelaire ni siquiera llegó a probarlo). En esta etapa, el poeta hablaba así del hachís:

Tomad de ella una cucharadita, una porción del tamaño de una nuez, y poseeréis la felicidad; la felicidad absoluta con todas sus embriagueces, sus locuras juveniles y sus infinitas beatitudes.<sup>5</sup>

En 1847, tras haber contraído la sífilis, Baudelaire empieza a tomar láudano (opio) para combatir los terribles dolores. Y en 1848, cuando el poeta evoluciona hacia ciertas formas de socialismo, ve de otra manera la alucinación directa en confrontación con la indirecta producida por la contemplación artística. Decía que el hachís era para "los miserables ociosos" y el vino para el "pueblo que trabaja y merece Deberlo".

Su concepción gira, indudablemente, hacia tintes moralizantes. Pero es en 1857, con la publicación de **Las flores del mal**, que va madurando su última posición ante las drogas, precisamente porque se convirtió en adicto al opio. Sin embargo, sus ideas son contradictorias. Por un lado, habla de depravación, de la búsqueda directa del placer, del encuentro de absolutos por vías satánicas; por el otro, señala que los excitantes transfiguran la imagen de las cosas, que las drogas son una forma de encarar el mundo y construye toda una simbología de las adicciones: el hachís exige hermosos paisajes y un

1 BURROUGHS, William, *Yonqui (Junkie)*, España, Ediciones Júcar, 1980, (Narrativa contemporánea). Los entrecorchetes que no se citen pertenecen a esta obra.

2 SIBONY, Daniel, *Perversiones. Diálogos sobre locuras "actuales"*, México, Siglo XXI, 1990, p. 125.

3 Cfr. FREUD, Sigmund, "El malestar en la cultura", en *Obras completas*, tomo VIH "1925-1933", Madrid, Ed. Biblioteca Nueva, 1974, pp. 3028 y ss.

4. SIBONY, Daniel, *op. cit.*, p. 126.

5. BAUDELAIRE, Charles, *Los paraísos artificiales. Acerca del vino y el hachís*, México, Ed. Fontamara, 1987, p. 29 (núm. 30).

entorno social favorable; el vino, en cambio, lo asocia con las dimensiones trágicas del hombre. Su proyecto definitivo concluye en 1859 con **Los paraísos artificiales**. De esta obra nos queda una idea relevante, la intoxicación como sinónimo de placidez espiritual.

Las sustancias tóxicas hace siglos que se usan y siempre se han apreciado por sus cualidades o poderes de dar placer. Los que están a favor del uso de drogas alucinógenas (ácido, peyote y hongos) argumentan que hay un efecto central: la manifes-

tación de zonas inexploradas de la mente del hombre. Experimentan un "viaje", un **"trip"**, hacia sí mismo y tal vez hacia la conciencia universal.<sup>6</sup> Sheldon B. Kopp dice que la nuestra es una época de drogas, y que ya no hay necesidad de enfrentar el dolor, pues todos podemos suavizar el sufrimiento a través de su gratificación. Este psicoanalista recuerda la declaración de una ama de casa: "estoy segura de que mi hija está tomando drogas. Esta mañana cuando fui al lavabo, descubrí que me faltaban unos tranquilizantes".<sup>7</sup>

Hay quienes vieron estas drogas alucinógenas como una esperanza para la humanidad (sobre todo en la década de

los años 70), y quienes las consideran siempre como semillas de destrucción. Con respecto a la heroína, Kopp señala que nadie se ha engañado sobre su uso, salvo el autoengañado principiante que se quedó "colgado" de la droga. Con el tiempo, estará dispuesto a mentir, timar, robar, a veces incluso matar, para conseguir lo que quiere. La adicción a la heroína es un asunto muy concreto y simple:

Conseguir el polvo blanco de la heroína por medio del robo o la prostitución; calentarlo en una cuchara cualquiera; pasarlo a una jeringuilla e inyectarlo en una vena "viva", describe prácticamente toda la historia absurda del síntoma de la adicción a esta droga.<sup>8</sup>

*La palabra del yonqui es violenta, cínica, y no requiere de mayores explicaciones para entenderla. Hay que "embriagarse de sí", es "el placer de estar satisfecho", es una manera de estarse "publicitándose a sí mismo", es ser "simplemente maniaco".*

Aquí el **junkie** es un ser atrapado o "colgado" del parasitario traficante o **pusher** que se gana la vida con la miseria de los **junkies**, a quienes suministra la droga. Veamos si esta mirada coincide con la obra de William Burroughs.

Burroughs, en **Yonqui**, es relator y personaje. Filósofo sobre la naturaleza de las adicciones y relata la vida del yonqui. Decide responder a la pregunta de por qué un hombre se convierte en drogadicto y se dispone a contarnos la parafernalia que rodea el submundo de la droga. Nadie se despierta una ma-

ñana y decide ser drogadicto... Se drogan los que carecen de motivaciones fuertes en cualquier otra dirección... La droga se impone por defecto... Nadie decide ser un adicto... Todas ellas, las razones del escritor que siente la necesidad de transmitir sus experiencias con la droga. Su exposición es clara y contundente:

He aprendido la ecuación de la droga. La droga no es, como el alcohol o la yerba, un medio para incrementar el disfrute de la vida. La droga no es un estimulante. Es un modo de vivir.

El **yonqui**: ladrones empedernidos, habitantes de pocilgas, tipejos de aspecto sórdido, asesinos de sangre

fría, seres misteriosos, mariconas tatuadas, neuróticos, psicópatas, vagos, maleantes parecidos a George Raft, tipos ineptos, cenizos y fracasados que trabajan ocasionalmente de lavaplatos, camareros o pinches, siempre buscando quién les proponga un trato; **yonquis** con pinta de rata en busca de una receta de morfina. O sea, los mismos personajes siempre pegados a la barra de una cantina que observamos en la película **Barfly**. O la pareja alucinando de alcohólicos de la cinta **Iron weed**. O los jóvenes **hippies** eternamente drogados del filme **Trash**. O el personaje abominable y enternecedor (por su condición humana) de **El Apando**. Son los habitantes de los bajos fondos. La runfla abominable y entristecida de los **"outsiders"**. Acá fumamos por dolor, nos inyectamos para olvidar, nos alucinamos para escapar de la realidad. Aquí no pertenece el rico, el júnior, el artista, el político, el policía... ellos lo hacen por placer. El **status** social del consumidor de drogas categoriza las motivacio-

6. KOPP, Sheldon B., *Gurú. Metáforas de un psicoterapeuta*, Barcelona, Ed. Gedisa (Serie Incógnita/Poderes), 1971, p. 162.

7. *Ibid.*, p. 161.

8. *Ibid.*, p. 166.

***La palabra "droga" no es un concepto científico sino un estereotipo que sirve para estigmatizar al muchacho que se fuma un porro, pero no el ama de casa que se emborracha todas las mañanas, o el ejecutivo de clase media metido en el infernal círculo de los barbitúricos para dormir y las anfetaminas al levantarse.***

nes adictivas. El **yonqui** es un vicioso y el adicto social, cuando mucho, es un "reventado".

El conecte: es una especie de alucine. Por ejemplo, cierta ocasión me prendí en un departamento muy loco. En el techo estaba pintada una rueda con pequeños cuadrados y triángulos de diferentes colores, produciendo el efecto de un mosaico. Una chica alta y pelirroja decía: "tenemos unos rollos tremendos con esa rueda cuando estamos altos. Nos tumbamos mirando a la rueda y en seguida se pone a dar vueltas. Cuanto más se la mira, más de prisa va". La bencedrina es un buen rollo. Da un buen golpe. Se empieza a hablar muy de prisa. Se pone la boca seca y la saliva espesa y pegajosa, formando bolas blancas - escupir algodón se le dice a eso. Mi compañera hasta pone cara de "mongólico mas-turbándose". Los fumentos -fumadores de yerba-son gregarios, son sensibles y paranoicos. En 1937 la autoridad, mediante la Ley Harrison de Narcóticos, dispuso que la yerba es una droga adictiva, pero los hechos son estos: "la yerba no es adictiva. Uno puede fumar yerba durante años y no experimentará ninguna molestia si de pronto deja de hacerlo... La yerba es menos adictiva que el tabaco. La yerba no daña la salud". Yo puedo asegurar que la yerba es un afrodisiaco y que el sexo es más agradable bajo la influencia de la yerba que sin ella. Burroughs y compañía hablan con el mismo tono que los habituales de Andy Warhol en su "Fábrica", en **The factory**, el nombre que le dio a su estudio, en donde se reunían los más conspicuos **yonquis** de la ciudad de Nueva York. Con otra tesitura, pero en el fondo con las mismas sensaciones, hablarían los ejecutivos de la Quinta Avenida a los que se les prohíbe realizar negocios después de **cof-fe breake**, precisamente porque no es café lo que consumen. Quizás es el mismo lenguaje de los chavos banda de los suburbios de la ciudad de México, y la triste comunicación de un grupo de adictos que nos conmueve; los niños de la calle embrutecidos por los inhalantes.

El **dealer**. es una especie de servicio público que va rotando de uno a otro miembro del grupo. La duración de tal servicio suele ser de unos tres meses. Todo mundo está de acuerdo en que se trata de un trabajo ingrato. Siempre se termina en la cárcel y palmado. Casi todos los vendedores callejeros consiguen sólo lo suficiente para mantener su hábito. Bill Gains era de buena familia y tenía clase. Era dueño de un edificio de apartamentos

en Brooklyn. Gains era uno de los escasos **yonquis** que tenía especial placer viendo cómo adquiría el hábito un tipo que todavía no estaba colgado. Había traficantes legales, como Bart, un viejo andrajoso y maloliente, que si lo detenían nunca hablaba. Llevaba treinta años en el rollo de la droga y sabía lo que estaba haciendo. El peor de todos era Gene Doolie, un huesudo irlandés, muy bajo, con aspecto entre maricón y chulo de putas. Gene era soplón hasta los huesos. Muy diferente es la consideración de la élite de los **dealers**, los beneficiarios de la nar-copolítica, que han adquirido, paradójicamente, la categoría de mitos. Pablo Escobar, Caro Quintero, "Don Neto", el "Chapo" Guzmán y muchos otros pueden aparecer en los créditos de los filmes de **Cara Cortada**, **Contacto en Francia** o **La fuga**. Actualmente, la fascinación de las masas por un poquito de demasiada sangre ha sido sustitutiva por la estética del crimen organizado. Como dice Monsi-váis, la nota roja es sucursal evidente de la industria y la política. "El narcotráfico se adueña de las primeras planas en el mundo entero, asignándole a sus protagonistas la mayor notoriedad, y corrompe a fondo el aparato de justicia, mientras un sector policiaco lucha contra la sociedad"<sup>9</sup> Y recuerda al primer narco a la moderna, internacionalizado por así decirlo, el cubano-estadounidense Alberto Sicilia Falcón. El narco o la industrialización del crimen, en palabras de Monsiváis. Hagamos una paráfrasis de sus hipótesis:

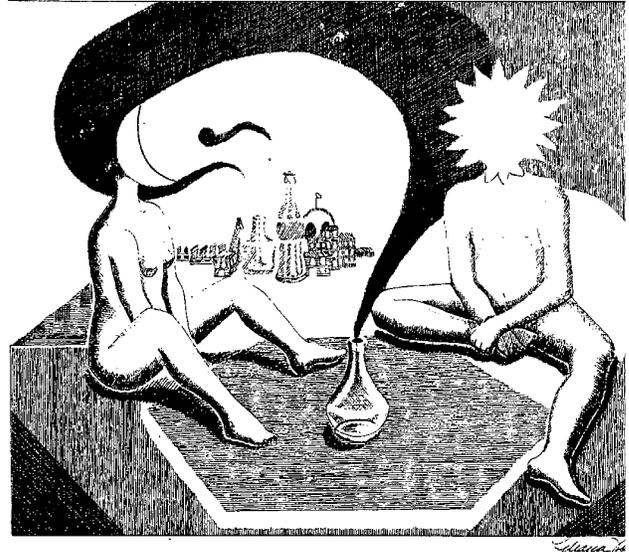
Luego del remolino de los años sesenta, cuando la marihuana, el ácido, el peyote, los hongos alucinantes y el rock son para una generación internacional la experiencia mística que hace percibir lo real de otra manera, el consumo de drogas se masi-

9. MONSIVÁIS, Carlos, *los mil y un velorios*, México, Ed. Alianza Cien, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994, p. 43.

fica, desaparece el trance de "la comunión con el universo". El narcopoder intensifica la lucha de un sector policiaco contra la so\* ciedad y, en América Latina, abarca jueces, agentes del ministerio público, periodistas de diversos niveles, elementos de la "Buena Sociedad", empresarios, jefes y agentes de la policía judicial, militares, pilotos, aduaneros, secretarios de Estado...<sup>10</sup>

El policía. O el extorsionador, el vigilante, el implicado. Todo **yonqui** vive la sensación de que los federales se mueven a su alrededor. Ser detenido es tan sólo una cuestión de tiempo, y vive con la idea de que cualquiera puede ser un delator de la policía, pues los agentes de la brigada de estupefacientes suelen trabajar con ayuda de informadores. Lo más corriente es que detengan a alguien con droga encima y le tengan detenido hasta que su periodo de carencia llega al punto álgido. Entonces empieza el discurso. Pueden caerte cinco años por posesión de droga. También puedes salir ahora mismo. La decisión depende de ti. Si trabajas con la policía harás un

buen negocio. Tendrás droga y dinero. Y es fácil: el policía saca unas cuantas cápsulas y las pone encima de la mesa. Eso es algo semejante a poner un vaso de agua delante de un hombre que se muere de sed. El soplón recibe unos cuantos billetes marcados y es enviado a comprar. En cuanto el soplón hace una compra con ese dinero, los policías, que se mantienen muy cerca, hacen la detención. Se dice que las cárceles están llenas de **yonquis**, pero no de traficantes; sobre todo de grandes traficantes. La complicidad de la policía los hace impunes. Los que habitan el penal de alta seguridad de Almoloya, en México, son los perdedores en los periodos de ajustes en el poder del narcotráfico. La policía de narcóticos requiere de vez en vez legitimar su acción punitiva, de ahí que su acción no sea constante sino intermitente. El poder económico de los narcos es tan cuantioso que el ápice de las policías y del ejército se halla infiltrado. Los Durazo, los



Coello Trejo, los Zorrilla Martínez, los Sahagún Baca son sólo algunos de los nombres que demuestran la organización entre Estado y narcotráfico.

Pero al **yonqui** no le interesa un comino los aspectos políticos de la droga; sólo el pinchazo alivianador que lo sublima. "¿Es que también te picas? Es mal asunto. Es lo peor que puede sucederle a un hombre. Todos creemos al principio que podemos controlarlo. Luego ya dejamos de querer controlarlo." Por eso Burroughs decidió ir a Colombia a buscar yage. Separado de su esposa se dispuso a ir hacia el Sur en busca del éxtasis ilimitado que se abre en vez de cerrarse como la droga:

El éxtasis es ver las cosas desde un ángulo especial. Es la libertad momentánea de las exigencias de la carne temerosa, asustada, envejecida, picajosa. Tal vez encuentre en la ayahuasca lo que he estado buscando en la heroína, la yerba y la coca. Tal vez encuentre el fije definitivo.

¿Qué fue lo que vieron los españoles al llegar a la ciudad de México? Son muy conocidas las palabras de admiración que expresó Hernán Cortés al mirar

10. *Ibid.*, pp. 48-50.

la Gran Tenochtitlan. ¿Qué fue lo que expresaron los españoles al conocer el jugo adivinatorio y mágico del peyote? Fray Bernardino de Sahagún, en su portentosa *Historia general de las cosas de Nueva España*, aseveró: "Es manjar común de los chi-chimecas, pues los mantiene y les da ánimo para pelear y no tener miedo, ni sed, ni hambre, y dicen que los guarda de todo peligro". Mauricio Magda-leno -novelista, cuentista, ensayista y quien figuró en 1929 como uno de los líderes del vasconcelismo (1906-1986)- escribió un cuento maravilloso sobre la naturaleza divina de una "raíz diabólica" (como la llamó un fraile de la conquista), que compensaba la frugal subsistencia del indio mexicano. En efecto, en su relato *Historias del peyote*, dice:

(la planta del peyote) insertada está en lo hondo de las teogonias, entre el rumor de la destrucción de la santa ciudad de Tollan, el paso errante de Quetzalcóatl y la fundación de Tenochtitlan. Anda en el fragor de las guerras aborígenes, en el misterio de las noches de las bodas reales, en la alegría de los nacimientos, en las pomposas ceremonias litúrgicas, en la batalla contra las epidemias que solían diezmar a los pueblos y en el ritual de los enterramientos.

Magdaleno habla de la simbiosis cósmica del peyote y del hombre. De una comunión creadora de hechizos, de fenómenos naturales comprensibles o incomprensibles pero de indudable veracidad, del zumo que puede afectar el propio destino del hombre, de la sustancia natural que sirve para atisbar el mundo del futuro, de la pócima que sirve para cargar la sangre del guerrero.

En fin, de todo aquello que la "civilización" ha pervertido. De todo aquello que una supuesta modernidad ha invertido del orden natural al orden cultural. De todo aquello que la política ha hecho perversidad, anormalidad, vicio, corrupción. Y el derecho, en su afán normalizador, ha hecho del drogadicto y de la droga dos estereotipos. Afortunadamente, hay visiones jurídicas alternativas que nos obligan a reflexionar sobre la figura del adicto desde una posición más humana. Por ejemplo, podemos mencionar al investigador español Emilio Lamo de Espinosa. Este autor asevera que hay delitos sin víctima que reúnen los siguientes caracteres: 1. inexistencia de víctima, 2. son conductas contrarias a la "moral pública", y 3. implican una transacción (monetaria o no) ilegal y voluntaria entre adultos de bienes o servicios. En términos generales se incluyen bajo este rubro de delitos sin víctima a la prostitución y la homosexualidad, el tráfico y consumo de estupefacientes o drogas en general, el aborto, la pornografía, ciertas formas de escándalo público, los juegos

de azar, ciertos tipos de relaciones sexuales, la eutanasia consentida, la ayuda al suicidio, y otras más típicas como la bigamia consentida o la prohibición de venta de bebidas alcohólicas.<sup>11</sup> O sea, todo lo que tenga que ver con la vida privada, la intimidad, el placer, las pulsiones, el derecho a nuestra diferencia. Nos recuerda que hay un ejército de psiquiatras, abogados, higienistas, moralistas, policías y hasta sociólogos que desean a toda costa prohibir el consumo de drogas. Y, como Kopp o Baudelaire, subrayan que lo hacen a pesar de que vivimos en una sociedad en la que el opio y la marihuana nunca han dejado de ser usados; que los puritanos de Nueva Inglaterra consumían cada mañana una pildora de opio para mantenerse en forma; que en el siglo pasado los obreros de Manchester tomaban láudano antes de iniciar el trabajo, como los nuestros aguardiente; que los españoles han comerciado con la coca desde el siglo XVII, y que en el Madrid de la República no era difícil conseguir una pipa de opio ni un poco de kif o grifa.<sup>12</sup>

La palabra "droga" no es un concepto científico sino **Un** estereotipo que sirve para estigmatizar al muchacho que se fuma un porro (cigarro de hachís o marihuana), pero no el ama de casa que se emborracha todas las mañanas, o el ejecutivo de clase media metido en el infernal círculo de los barbitúri-cos para dormir y las anfetaminas al levantarse.<sup>13</sup>

Por último, señalemos que el mercado internacional de la droga se ha convertido en un eficaz pretexto para la intromisión política de Estados Unidos en los países de América Latina. Samuel I. del Villar es contundente: La política antinarcóticos de Estados Unidos ha fracasado porque no ha comenzado por el principio de la cadena (la demanda estadounidense) sino por su fin (la cosecha exterior). Ha esperado que la coerción masiva en contra de campesinos extranjeros resuelva la tragedia del consumo interno. Y, curiosamente, el grueso del negocio y de sus utilidades se hacen en ese país, ya que se estima que sólo el 8% del precio de venta en la calle se paga al extranjero, mientras que la delincuencia organizada en Estados Unidos se lleva el 92% del negocio.<sup>14</sup>

11. LAMO DE ESPINOSA, Emilio, *Delitos sin víctima. Orden social y ambivalencia moral*, Madrid, Ed. Alianza Universidad (Ciencias Sociales 589), 1989, p. 18.

12. *Ibid*, pp. 91-92.

13. *Ibid*, p. 96.

14. VILLAR, Samuel I. del, *Lo inútil e injusto de la coerción masiva: de la migración a las drogas*, en "Foro internacional", vol. XXVI1, enero-marzo de 1987, núm. 3, México, El Colegio de México, p. 473.